

AS DE ESPADAS

Javier Otaola



MAGNUM

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© 2009 Javier Otaola Bajeneta. Reservados todos los derechos.
© 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Octubre 2009

ISBN: 978-84-92688-67-8

Depósito Legal: M-38919-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*Hay dos formas de enfrentarse a la tragedia de la vida:
la religión y la ironía.*
Evgeni Zamjatin

*Yo siempre considero prudente sospechar un poco de
todo el mundo, porque en realidad nunca se sabe, ¿verdad?*
Miss Marple

En esta novela he intentado crear personajes reales que se mueven en un mundo real en una historia que es, sin embargo, puramente literaria. Para contextualizar a los personajes, y a las situaciones que se representan en esta historia, hice referencias a instituciones, entidades o personalidades reales como el Opus Dei o la masonería, el gobierno vasco, y otras.

Debe entenderse, sin embargo, que esta novela, desde la primera hasta la última línea, es producto de mi imaginación.

El autor

2 de enero de 2009

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

EL COCHE ROJO

El coche rojo se deslizaba suavemente por la carretera número uno del Estado de Florida, sobre los puentes que enlazan los Cayos, como si sobrevolara sobre aquellas aguas azules y caribeñas. Pinnie y Felicidad Olaizola iban rumbo a Cayo Hueso, mal llamado por los gringos Key West.

Después de haber vencido todas las dificultades previsibles —y algunas otras imprevisibles— para acceder a los Estados Unidos de América, Felicidad había dejado atrás las zozobras de los turnos en el *talde*¹; las visitas a la morgue; los recuerdos, todavía vivos y dolorosos de Maite; los horarios enloquecidos de la Unidad de Investigación; la soledad de su apartamento; las cacerías de sexo casual en el Shiva...

En aquel momento, los problemas del *nagusi*² Busturia, las presiones del *sailburu*³ Loperena sobre la Unidad de Investigación y las zozobras de la política vasca o española, que vistos desde Bilbao parecían tan trascendentales, contemplados desde el estado de Florida se convertían en algo pequeño, derivando hacia insignificante. Desde los Estados Unidos de Norteamérica todo se veía en otro orden de magnitudes, todo quedaba cubierto por las omnipresentes barras y estrellas, devorado por las inquietantes noticias de Irak aireadas constantemente en los medios; solo interesaban los últimos escándalos

1- Talde: en euskera, “grupo”; se refiere al Grupo de Investigación Criminal.

2- Nagusi: en euskera “jefe”, “principal”.

3- Sailburu: en euskera “consejero del gobierno vasco”.

JAVIER OTAOLA

de Hollywood y los vaivenes del Dow Jones, lo demás se disolvía en el horizonte sin límites del Caribe.

Habían alquilado aquel deportivo Ford rojo y llevaban desde el amanecer devorando kilómetros. Se dirigían hacia su destino en Coconut Paradise. Querían llegar a tiempo para disfrutar de la puesta de sol en el extremo más meridional de Norteamérica, en la plaza Mallory de Cayo Hueso.

De madrugada, antes de salir, habían disfrutado de un solitario paseo en las largas y tranquilas playas de Daytona: solo las bandadas de gaviotas y algún extraño pájaro, que bien podía ser un pelícano, habían sido testigos de sus caricias y de sus besos con sabor a sal. Su propia imagen, besándose con Pinnie en la playa solitaria, le trajo a Felicidad el recuerdo de una película: *Bilitis*. Fueron sus primeras escenas visualizadas de amores lésbicos, unas imágenes que le sorprendieron por su belleza y por su pasmosa naturalidad.

Ahora era ella la protagonista de su propia película.

Por momentos se veía a sí misma como una corruptora de menores; después de todo Pinnie tenía veinticuatro años y ella pronto cumpliría treinta y cinco. No podía dejar de sentir cierto sentimiento de culpa por aquella aventura americana. Estaba alimentando demasiadas ilusiones en su deliciosa, pero quizá demasiado joven, compañera; tenía la sensación, desagradable de que se estaba comportando como un hombre, con una avidez por el sexo que hasta entonces le había sido desconocida. «Será que me estoy haciendo mayor». Era como si necesitara del sexo para sentirse viva, de modo que se aferraba a los placeres de la carne con la determinación con la que un avaro cuenta sus monedas de oro.

En Florida ya no eran la extraña pareja. Felicidad, la dominante inspectora de la Ertzaintza, e Isabel —Pinnie—, la joven e inexperta estudiante; eran simplemente dos amantes, sin pasado ni circunstancias, que se dirigían a uno de esos paraísos particulares que en el mundo existen: Cayo Hueso.

Había sido Pinnie la que se había documentado sobre las diferentes posibilidades de viajes, alojamientos y paisajes con los que se iban a encontrar. Los hoteles que habían visitado exhibían con orgullo, e interés comercial, su correspondiente logo *Gay-Lesbian friends* con los colores del arco iris.

La realidad tenía un colorido más intenso que las fotografías transmitidas por el ordenador, más incluso que las imágenes con las que ambas habían soñado aquel viaje.

Pinnie estaba dormida apaciblemente, con la cabeza reclinada en su asiento. Felicidad repartía sus miradas entre la carretera, el azul turquesa del Caribe que se confundía con el cielo, y el rostro de Pinnie: sus cejas perfiladas, sus pómulos marcados, la línea de la nariz perfectamente delineada, las curvas de sus labios. La contemplación silenciosa de la belleza de un rostro de mujer, ignorante de ser admirada, era uno de los entretenimientos favoritos de Felicidad. En algunas ocasiones esa contemplación admirativa adquiría una intensidad casi dolorosa. Este era uno de esos momentos.

—Despierta, estamos llegando. ¡Mira qué maravilla!

Pinnie abrió los ojos. Felicidad sintió que la belleza que había admirado hacía unos momentos se multiplicaba por el efecto de aquellos ojos color miel.

—¿Qué hora es? —preguntó Isabel, desperezándose.

—Las doce del mediodía. Se ve el Puente de las Siete Millas. Enseguida entraremos en Cayo Hueso. Te estás perdiendo un paisaje de ensueño.

Tras pronunciar esa inanidad, se avergonzó. A Felicidad no le gustaban las expresiones manoseadas, especialmente le desagradaban los convencionales entusiasmos de agencia de viajes y el énfasis retórico de la publicidad; pero en aquel caso no había encontrado otras palabras.

El puente por el que cruzaban se alzaba sobre un mar de un azul exultante, que nunca pensó pudiera existir; un azul que en las orillas de la costa se hacía verdoso, multiplicando sus matices y tonalidades. La imponente obra de ingeniería del Puente de

JAVIER OTAOLA

las Siete Millas trazaba un arco de cemento estrecho y tenso que subrayaba la inmensidad del mar.

Felicidad y Pinnie se acercaban a Key West surcando las olas.



—... «El pensamiento, la reflexión, la elaboración intelectual me son necesarios para mi equilibrio personal y para el mismo goce de la vida. Para mí es importante, trascendente, este espacio de la logia en el que periódicamente nos reunimos para compartir los frutos del trabajo de esclarecimiento que, cada uno de nosotros y nosotras, lleva adelante, intentando llegar a ser cada uno, en plenitud, el que es, como mejor posibilidad de sí mismo. He dicho».

Cuando acabó de leer estas palabras, Javier Arrien levantó la vista del papel que sostenía con sus manos enguantadas, paseando la mirada sobre el auditorio en un involuntario gesto de vanidad, y concluyó:

—Recibid, queridos hermanos y hermanas, mi triple abrazo fraternal y el beso de la paz.

El suave golpeteo de las manos enguantadas sobre los mandiles tradujo el simbólico aplauso de la concurrencia.

El Venerable Maestro dijo:

—Maestro de Ceremonias, sírvase acompañar al hermano a su lugar entre columnas.

—¡Armonía!

Sonó una música pausada y rítmica, propicia para una deambulación litúrgica. El Venerable Maestro dejó que la armonía prosiguiera durante unos minutos. Los hermanos y hermanas de la respetable logia Goethe, número 26, al Oriente de Bilbao, constituida bajo el lema «Llega a ser el que eres», se mantuvieron en un reflexivo y deleitado silencio, dejando resonar en sus oídos las palabras que habían escuchado. O simple-

mente dejándose llevar por las ensoñaciones a las que era propicia la música y el lugar.

Todos los asistentes, ellos y ellas, iban vestidos con trajes de tonos oscuros, que contrastaban con el blanco de sus guantes y de sus mandiles ribeteados de rojo, como prescribía el Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

Desde el Oriente de la logia —la parte más iluminada del recinto—, el ojo triangulado del Gran Arquitecto del Universo actuaba de testigo silencioso y enigmático. El Venerable Maestro golpeó con su pesado malleto de cantero y dijo:

—¡Que la palabra circule entre las columnas!



No les costó encontrar el número 29 de Duval Street, Coconut Paradise.

—Nuestro hotel comparte la playa con el Hemingway Resort, que se encuentra precisamente al final de la calle Duval, a apenas veinte minutos caminando desde aquí —les informó la recepcionista, una mujer en la cincuentena que se conservaba delgada y morena.

El edificio era acogedoramente pequeño, no parecía norteamericano. Su aspecto le recordaba a Felicidad el estilo de alguno de los *bed and breakfasts* que había conocido en Inglaterra; dejando de lado la luminosidad celeste del Caribe, que entraba por las ventanas a través de los estores y que nada tenía que ver con los cielos de la vieja Inglaterra. El hotel contaba con jardín, su pequeña piscina rodeada de buganvillas y un gran cocotero.

La habitación que les habían adjudicado se encontraba en el primer piso. Era llamativa la gran cama con dosel. Los doseles evocaban leyendas medievales y amores principescos, pero en este caso, las macizas columnas que sostenían el dosel eran simples troncos, toscamente tallados y barnizados. Le daban al aposento un aire levemente salvaje. El lecho estaba velado por unas cortinas estampadas con flores, loros y mariposas.

JAVIER OTAOLA

—¡Qué lejos está Bilbao! —suspiró Felicidad.
—Bésame —le dijo Pinnie.



El *Sybille II* avistó la costa. La noche era oscura y a lo lejos se divisaban las luces urbanas del litoral. El barco paró sus motores. Se oyó el ruido de un objeto pesado que caía al mar por el lado de estribor.

La tripulación filipina, compuesta por el cocinero, el segundo y el tercero de los oficiales de máquinas, estaban en la cocina viendo la televisión. No parecieron inquietarse. Al capitán se le suponía en el puente. Al jefe de máquinas todos le imaginaban en su puesto. Nadie se preguntaba, ni preguntaba, por qué paraban. En el *Sybille II* cada uno sabía qué se podía preguntar y qué no. El barco estuvo quieto, balanceándose levemente sobre las aguas durante unos minutos: el tiempo necesario para escuchar otro ruido, y después otro. Tres bultos habían caído al mar y el barco reanudaba su marcha. El capitán Eskibel había reservado tres días de atraque en el sector 2 del puerto de Bilbao.

Simonis Levanthis, el jefe de máquinas, corría por la cubierta con un gesto de preocupación en el rostro, un gesto que en la oscuridad de la noche nadie veía.



Como todos los segundos martes de mes después de la Tenida⁴, la mayoría de los hermanos y hermanas de la Logia Goethe se quedaron a cenar. Javier era asiduo de esas cenas, que se desarrollaban habitualmente en el restaurante chino *El Buda feliz*. Continuaban en torno a la mesa las conversaciones incoadas en el interior. Aquella noche había sido especialmente animada.

A Javier Arrien, en la cincuentena de la vida y con más de veinte años de masonería a sus espaldas, todavía le sorpren-

4- Tenida: nombre que reciben las reuniones masónicas.

día y le maravillaba la variedad de buscadores y buscadoras que se acercaban a la logia. Y la riqueza de impulsos constructivos que en cada Tenida masónica se movilizaban en su interior. Una nueva hermana se había incorporado a la logia Goethe y la ceremonia de iniciación había tenido el encanto de todo aquello que se renueva. La recepción de un nuevo masón tenía siempre el efecto de hacer refluir las misteriosas fuentes del corazón de Javier con una premonición de renovados estímulos; un gozo anticipado y presunto, entre literario y *voyeur*: un nuevo personaje, una biografía desconocida, un mundo de afectos y de ideas que se acercaban, alguien dispuesto a encontrarse con los otros.

La ceremonia había sido más llamativa que de costumbre ya que la postulante era una mujer llamativa, con un nombre regio: Reyes. La edad sabía de los cuarenta años; una cabellera oscura y melancólica —al estilo de Charo López—, que le daba un aire teatral aunque fuera psicoanalista de estricta observancia lacaniana; casada con José Ignacio Menchaca —diez años de diferencia—, socio de su amigo Elías Olalde en la empresa Security Life.

Bilbao es un pañuelo, grande, pero un pañuelo.

A Javier Arrien su medio siglo de edad le otorgaba una desapegada curiosidad por las pasiones humanas, y si no fuera porque estaba radicalmente enamorado de Sofía —su mujer—, se habría enamorado de Reyes. Es fácil enamorarse de una mujer. En realidad toda mujer desea, consciente o inconscientemente, despertar amor. Que sea un amor impracticable —como un camino de montaña sobre el abismo—, que no sea correspondido y que haya de resumirse en una devoción sin premio, no es una objeción. También es hermoso amar sin esperanza.

El marido de Reyes —José Ignacio Menchaca— se había presentado en el restaurante para observar qué era eso de la logia Goethe. La palabra “masonería” le provocaba una inquietante fascinación; poso y memoria de las tremebundas diatribas que, contra la Orden del Gran Arquitecto, había escuchado en su juventud en las tertulias familiares de sus tías y su abuela,

JAVIER OTAOLA

en las que se relataban como perfectamente verosímiles extraños rituales luciferinos y se hablaba de las logias, con un temor reverencial, como lugares en donde se urdían poderosos contubernios para someter el orbe católico al dominio del pueblo deicida.

Ahora, esa mujer a la que había entregado su corazón, se había hecho masona; francmasona, que suena más imponente.

Cosas de la vida.

No terminaba de comprender aquel afán, pero se cuidaba muy mucho de oponerse a la imperiosa voluntad de Reyes; la necesitaba demasiado. Aunque ella hubiera decidido practicar magia negra, vudú, taekwondo o parapente; no hubiera podido sino respetar su decisión y participar a su manera en la aventura. Él era, gracias a Dios, más sencillo y cubría sus necesidades afiliativas y espirituales con su pasión por el golf, que a su juicio bien podría pasar por una especie de fraternidad, tan intensa y venerable como la misma masonería; a fin de cuentas también tenía sus orígenes en Escocia, en las verdes praderas de Saint Andrews.

El golf era su religión y el *swing*, la Gracia que le justificaba.

En medio de la cena Javier Arrien sintió lo que solía llamar una ausencia, que no era sino un episodio de conciencia de soledad en medio de la compañía de otros. A veces era una sensación tan intensa que le provocaba un punto de pánico y se hacía desagradable. ¿Debería consultar con un psicólogo o con un filósofo?

Observaba la conversación completamente desinteresado. Las voces le llegaban amortiguadas por el murmullo del lugar, como si no estuviera físicamente en aquel restaurante sino a cierta distancia, como si su presencia física se hubiera difuminado. En esos momentos se protegía con una sonrisa fija tras la que su verdadero rostro se ocultaba impenetrable. Levantó su copa de vino:

—¡Por los amigos!

Los demás comensales siguieron su gesto, sin hacerse preguntas, asociándose a esa benemérita intención. ¿Quién no brindaría por los amigos?

La hermana Reyes estaba radiante. Su marido, en cambio, parecía preocupado.



Queridísimo Padre:

Le escribo para comunicarle, para descanso mío y para bien de la Prelatura, que he decidido irme de la Casa. Mi deseo es no añadir amargura a lo que ya es de por sí amargo; y es por eso por lo que, a pesar de la carga moral y psicológica que supone para mí hablar de mis sentimientos en estos momentos, me dirijo a usted intentando expresarme con el mejor de los espíritus.

Pedí mi admisión en la Obra con dieciocho años y tres meses. Lo recuerdo muy bien, fue después de un retiro en Santa Isabel, y este año acabo de cumplir los cincuenta y cierro en Santa Isabel un ciclo largo e intenso de mi vida.

Con todos estos años a mis espaldas, gastados, consumidos en tantas tareas, desvelos y también gozos, me he permitido mirar hacia atrás y me doy cuenta de que he entregado lo mejor de mi vida a la Prelatura, a pesar de que hace tiempo que mantengo mi compromiso con la Obra, con grandes dudas y profundas angustias. Esos mismos sentimientos son los que me han espoleado a realizar en este momento un ejercicio de autenticidad, y me han llevado a esta dolorosa decisión de marcharme de la Casa con las manos limpias y... vacías.

No puedo decir que me arrepienta de nada, porque creo que es de hombres asumir con entereza y sin lloriqueos las consecuencias de los propios actos. Tengo que reconocer que hace mucho que se han ido erosionando los motivos y las ilusiones que me llevaron a ingresar en el Opus Dei. A estas alturas de mi vida no es cuestión de buscar culpabilidades. Seguramente una parte importante de responsabilidad y culpa me corresponde a mí mismo; pero el caso es que las estrecheces de la regla de la Prelatura y las pequeñeces de la convivencia con los demás hermanos se me fueron haciendo insoportables; y he llegado a la convicción de que, no existiendo ya los motivos que justificaron mi entrega, no sería fiel a mí mismo si no me marchara. No sería auténtico como

JAVIER OTAOLA

hombre ante mi propia conciencia ni ante la Prelatura, en la que tantos buenos amigos dejo; y por ello doy el paso de solicitar la dispensa: mi permanencia en la Prelatura de ahora en adelante solo sería motivo de escándalo para otros y de sufrimiento para mí.

Por todo lo expuesto, le ruego, don Javier, queridísimo Padre, que tenga a bien dispensarme de las obligaciones que, como Numerario, contraí en su momento, puesto que hoy no estoy en condiciones de mantenerlas.

Reciba un fuerte abrazo de su hijo, que deja de serlo con plena conciencia del paso que da.

Durante unos minutos, en el silencio de la habitación, solo se oyó el sonido de la pluma estilográfica arañando el papel. Cuando Sabino terminó de escribir la carta la leyó y rele-yó detenidamente, hasta que quedó convencido de que con aquellas letras decía todo lo que quería decir y nada más que lo que quería decir.

Era de noche y desde su habitación se veía la espesura del bosque que rodeaba Santa Isabel. El viento agitaba las ramas de los árboles y la lluvia azotaba los cristales de la ventana. La noche era oscura y desapacible, pero Sabino García Iza se sentía ligero, aliviado y razonablemente feliz: después de un largo proceso de acumulación de fuerzas se había decidido a dar el paso de abandonar el Opus Dei. El mero hecho de haber tomado esa decisión y de haberla plasmado por escrito en aquella carta, que pensaba dirigir al Prelado, le aliviaba. De momento pensaba dejarla reposar en el cajón de su escritorio, solo él conocería la existencia de esa carta; le bastaba con saber que estaba escrita, que sus palabras habían salido ordenadamente y que en cualquier momento podía enviarla al Viale Bruno Buozzi 75, en Roma. Esa carta sería la espada que iba a cortar los lazos que le habían atado, de pies y manos, durante cerca de treinta y dos años.

Comenzaba ya a sentir el aire frío, pero vivificante de la libertad, la excitación de la aventura; pero no quería precipitar

los acontecimientos. Tenía a la vista un último acto de servicio a la Prelatura y a su buen amigo don Salvador Aparicio: el retiro previsto para el próximo jueves día 11 de mayo en Santa Isabel.

Era un hombre libre y estaba dispuesto a vender cara su libertad.